

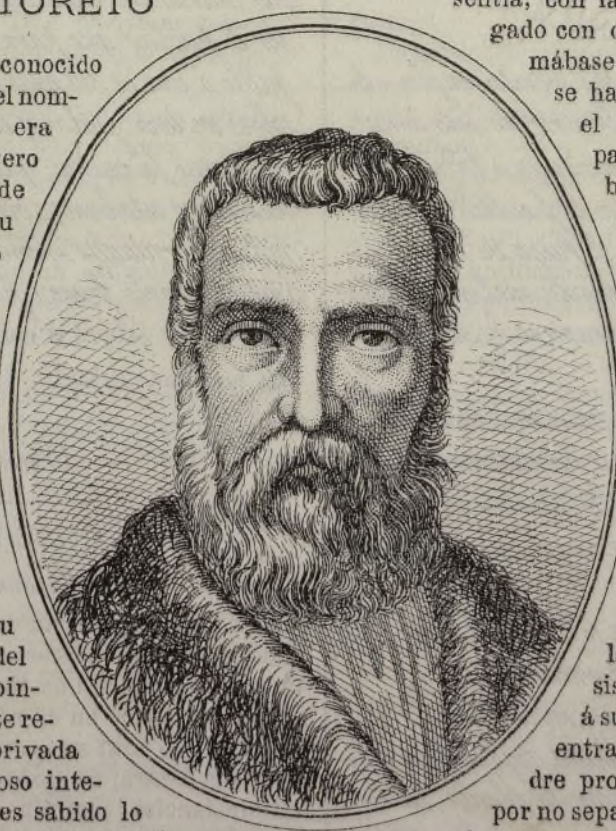


REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
 DIRIGIDA POR
 D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

NICOLÁS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

TINTORETO

Jacobo Robusti, conocido generalmente con el nombre de *Tintoreto*, era hijo de un tintorero de Venecia, donde nació en 1512. Su afición al bellissimo arte de la pintura le condujo hasta el célebre *Ticiano*, que fué su maestro, pretendiendo desde muy jóven fundar un estilo nuevo, ó *escuela*, como dicen los artistas, y llegó á ser casi rival de su maestro. Además del mérito que como pintor tiene justamente reconocido, su vida privada despierta un cariñoso interés hácia él, pues es sabido lo grande del amor que por su hija



sentia, con la fortuna de ser pagado con creces por ella. Llamábase María, y tambien se hacía extensivo á ella el sobrenombre de su padre, pues la llamaban la *Tintorella*; dedicada al mismo arte que el autor de sus días, pintaba los retratos de un modo notable, siendo solicitados sus trabajos por los más elevados personajes. El emperador Maximiliano, el archiduque Fernando y el rey de España Felipe II la invitaron con insistencia á que fuese á su corte; pero el amor entrañable que á su padre profesaba era tal, que por no separarse de él no aceptó, toda vez que *Tintoreto*, viejo

Tintoreto.

ya á la sazón, no podía acompañarla en los largos viajes á las cortes extranjeras. Robusti, que gozaba con la fama artística de su hija aún más que con la suya, y la había visto desdeñar la mano que como esposos la ofrecieron muchos nobles, solamente por no separarse nunca de su lado, tuvo la desgracia horrible de verla morir á los treinta años, teniendo él ya setenta y ocho. Con un dolor como aquel para un padre anciano, que en tan íntimo amor había vivido con su hija adorada, tuvo fuerzas para hacer lo que estremece pensar. ¡Hizo su retrato muerto! ¡Con qué angustia trasladaría al lienzo su pincel las pálidas tintas de aquella inanimada cabeza, que tantas veces se había reclinado amorosa sobre su corazón!

Tintoreto, desde la muerte de María, vivió triste y sombrío, encerrándose á menudo en su estudio para pintar y llorar la pérdida del ángel de su hogar.

Cuatro años vivió solamente el pobre anciano despues de aquella pérdida para él irreparable, y en 1594 murió á los 82 años.

LA MÚSICA.

Dice Hall, celebre escritor inglés: «la música puede considerarse no solo como poderoso medio de conducir á todo sentimiento elevado, por ser la facultad peculiar de sofocar ó avivar el fuego de las pasiones. Reanima el espíritu melancólico haciéndole concebir esperanzas de honor y de gloria».

Esta influencia no se deja notar únicamente en el hombre, se hace extensiva también á la generalidad de los animales, como viéndolos más ó menos, según la construcción de sus nervios.

Como ejemplo de lo dicho, basta la lectura de la siguiente anécdota.

Un individuo, preso en la Bastilla de París por causas políticas, rogó al gobernador le permitiera tocar la flauta, en la soledad de su calabozo, para hacer más

entretenida su desgraciada situación. Obtenido el permiso, empezó sus sesiones musicales, chocando en la primera la presencia de un ratón, que en calidad de oyente le acompañaba, con marcadas muestras de arrobamiento mientras tocaba; poniéndose serio y marchándose apenas concluía la música, continuando de la misma manera, hasta un día en que se aumentó el auditorio con toda su tímida familia, que también quería participar de tan agradable y gratuito concierto.

Las arañas también quisieron imitar la conducta de los ratones, y bajaron de sus aterciopeladas habitaciones á extasiarse escuchando los armoniosos sonidos que despedía la flauta, tan bien manejada por el prisionero; y lo mismo que los dominicos y vivos cuadrúpedos, en cuanto concluía buscaban sus escondrijos, éstas iban hacia sus telarañas. Tan considerable llegó á ser el público que para deshacerse de él, pidió á uno de sus guardianes un gato, le colocó en una faula, y está junto á su silla; principió la música, y cuando más entusiasmados estaban, abriendo la puerta al más encarnizado enemigo de la concurrencia, pronto fueron puestos en dispersión al grito de salvarse el que pueda, aunque pocos pudieron contarlos.

(Del inglés)

J. ZAPATERO Y ALCAZAR.

EL SÁBIO APRENDE DURMIENDO

PARÁBOLA

Luis y Federico eran dos buenos muchachos, á quienes desde sus primeros años unian los lazos de una tierna amistad.

Habían nacido en el mismo pueblo, casi en el mismo día; sus casas estaban próximas una á otra; de modo que esta serie de circunstancias, y el tener los mismos gustos é identidad de caracteres, habían hecho

que un afecto nacido en su infancia fuese robusteciéndose de día en día: eran conocidos en el pueblo con el apodo de *los inseparables*.

Sin embargo, llegó una época en que fué preciso abrir un paréntesis de ausencia en aquella amistad.

Luis pasó á Madrid para seguir la carrera de leyes, mientras que Federico quedó en el pueblo, pues desde el principio habia manifestado su horror al estudio.

Esta mala cualidad, que hubiera podido desaparecer en un principio, fué desarrollándose poco á poco, gracias á la debilidad de su padre: éste era rico, y no queria contrariar en nada al jóven, abrigando el falso principio de que un hombre favorecido por la fortuna no debe dar tormento á la imaginación.

El tío de Luis, aunque no tan bien acomodado como la familia de Federico, opinaba de un modo contrario, y decia que el hombre tiene la obligacion de ayudar á la fortuna por medio de alguna carrera ó profesion que le haga ser útil á sus semejantes, y que si Dios vincula el dinero en una familia, no lo hace para fomentar la holganza.

Efectivamente, Dios ha recomendado el trabajo, y esta es una de las muchas manifestaciones de su poder.

El holgazán es como la planta parásita, que absorbe el jugo de la tierra y roba el que podía dar á otras plantas fructíferas.

Ambos jóvenes se veían en el pueblo durante las vacaciones: los triunfos escolásticos de Luis no eran un estímulo para que Federico tratase de imitarle: el uno agitaba su inteligencia; el otro la embrutecía en la holganza.

Así las cosas, un día recibió Luis en Madrid la visita de su amigo: su padre habia espirado, y él, al tomar posesion de la herencia, proyectaba un viaje por Europa, viaje, cuya duracion indefinida, iba á hacer más larga la ausencia entre los dos amigos.

En medio del luto, Federico hacía ostentacion de un lujo inusitado; ocupaba una lujosa habitacion en un hotel, y hasta tenía á su servicio un carruaje alquilado.

—No sé, decia viendo la modesta habitacion de Luis, cómo puedes acostumbrarte á vivir de este modo: ¿por qué no dejas tus estudios y te vienes conmigo?

—Porque yo, que no soy tan rico como

tú, tendría que vivir á tus espensas, y haria un mal papel en el mundo: tú mismo te cansarias de subvenir siempre á mis necesidades y placeres, y nuestra amistad acabaria por enfriarse.

Por último, Federico partió para Francia, prometió escribir, pero no lo hizo; de modo que durante muchos años los dos amigos estuvieron sin tener noticias uno de otro.

Luis aprovechó bien el tiempo; terminó con gloria su carrera, y en vez de encerrarse en su pueblo, como hacen tantos otros, olvidando lo que han aprendido y haciendo ineficaz el tiempo y el dinero que han dedicado á su educacion, prefirió permanecer en Madrid, donde abrió su bufete.

Dos causas célebres que defendió le acreditaron en el foro; este fué el principio de su fortuna: se hizo un abogado de nota; llovieron sobre él los pleitos y los negocios, y con estos el dinero, hasta que logró crearse una posicion independiente y desahogada, viviendo con el lujo que su clase requería, aunque sin salir de su esfera, ni querer competir locamente con personas de una fortuna superior á la suya, porque Luis comprendía que este era el principio de la ruina.

Durante este tiempo no dejaba de acordarse de su amigo, deplorando su silencio, y aún atribuyéndole á haber desaparecido del mundo.

Al cabo de algunos años, una tarde que en su carruaje propio bajaba al Prado, al atravesar la Plaza de las Cortes, vió en una esquina á un hombre feo y súciamente vestido, que con un grasiento sombrero en la mano imploraba la caridad pública.

Aquel mendigo le miró, y luego bajó la cabeza como avergonzado.

—¡Federico! exclamó Luis haciendo detener el carruaje.

Y él era efectivamente: no aquel Federico elegante y fastuoso, á quien hemos visto preparándose para emprender un viaje por Europa, sino el hombre á quien la miseria ha marcado con su sello, distinguiéndole con una vejez prematura.

Luis, que sólo vió en él el amigo de su infancia, le hizo subir á la carretela, sin cuidarse del grupo de curiosos que no acertaban á explicarse cómo un caballero tan bien portado abrazaba estrechamente á un mendigo.

Luego que estuvieron solos empezaron las explicaciones.

—Pero, ¿cómo te veo en un estado tan deplorable, tú tan rico? le preguntaba Luis.

—¡Ay, amigo mío! contestó Federico con voz quejumbrosa, esto es la consecuencia fatal de mi educación. Una vez dueño de mi fortuna, me dediqué á despilfarrarla en ridículas locuras, en locas competencias, creyendo que nunca se acabaría; cuando ya ví en mi bolsillo la última moneda, me apercibí del funesto error de mi padre al no hacerme estudiar y aprender algo útil: mi ineptitud por un lado, y mis hábitos de holganza por otro, me han hecho inútil para el trabajo: en el día no me queda más recurso que la mendicidad.

—¡Triste recurso es para un hombre joven todavía!

—¡En cambio tú has prosperado!

—Porque he sido juicioso; porque me deduje á tiempo en la pendiente fatal que me hubiera conducido al extremo á que tú has llegado. A propósito de esto, quiero contarte una aventura que me sucedió, de la cual podrás sacar una útil enseñanza.

«Al poco tiempo de llegar á Madrid, tuve yo también una época de extravío: la corte es un lugar de tentación continua para el pobre joven que ha crecido en el fondo de una provincia.

Seducido por las nuevas amistades que formé en Madrid, hice todas las locuras que sólo la juventud disculpa: dejé de asistir á la universidad; pero en cambio pasaba el día en los sitios en que se derrite el dinero.

Contraje deudas, porque ya la pensión que me pasaba mi buen tío no era bastante para mis locuras. Aquello era indigno, era infame: yo dilapidaba en orgías lo que á mi tío había costado mucho trabajo ganar; y era lo peor que le engañaba miserablemente, haciéndole creer que adelantaba en mis estudios, cuando en realidad no hojeaba un libro.

Una noche me retiraba á mi casa con la mente angustiada por fúnebres ideas, y lleno de remordimientos.

Al pasar por no sé qué calle, ví un grupo que me llamó la atención: era un hombre y una mujer que disputaban; el hombre tenía la apariencia de un robusto mancebo, respirando salud y alegría; su vestido, aunque modesto, era limpio y decente: la mu-

jer, á quien sólo veía de perfil, era una hermosísima joven, cuyas gracias personales estaban realzadas por un lujoso atavío; ostentaba sedas, encajes y brillante pedrería en manos, hombros y cuello.

Segun me apercibí despues, el origen de la disputa era el siguiente: la joven, no sé con qué derecho, quería entrar en casa del mancebo, y éste la cerraba el paso con rudeza, llenándola de improperios.

Una y otro eran tenaces; ella en querer entrar, y él en impedirselo: la joven empezó por el ruego y las lágrimas; pero al ver que por este medio no vencía á su contrario, quiso emplear la violencia.

Entónces se trabó una lucha horrible, lucha á brazo partido, en la que, como era de esperar, la mujer llevaba la peor parte.

La duración fué corta; el mancebo, de un fuerte empujon, la arrojó por tierra en medio de la calle: ella cayó, lanzando una espantosa blasfemia.

Y al caer enseñó el perfil opuesto al que yo había visto: me quedé mudo de asombro! Aquella mujer joven, bella y elegantemente vestida por un lado, era por el otro cosa repugnante y asquerosa criatura, súcia, destrozada y hedionda: todas sus galas eran mentidas; la seda y los encajes eran papel y talco, y los diamantes que brillaban en sus manos y cuello pedazos de vidrio.

No obstante, teniendo en cuenta que era una mujer, quise socorrerla viéndola en aquel estado; pero el mancebo se interpuso, gritándome:

—¿Qué vais á hacer? No os acerqueis á ella; huid de ese sér maldito, cuyo contacto mancha y deshonra.

—Pero... exclamé yo.

—Huid os digo, interrumpió el joven; seguidme y huid: yo soy el *Trabajo*, ella la *Miseria*, por eso la rechazo; por eso os digo que huyais.

Eché á correr efectivamente; creo que estuve andando toda la noche: cuando abrí los ojos... estaba en mi cama: todo aquello había sido el producto de una pesadilla.

Pero aquel sueño profético me sirvió de mucho: desde aquel día abandoné mis hábitos de holganza, mis desórdenes y mis locuras; volví á los libros y quise aprovechar el tiempo perdido.

A Dios gracias lo he logrado, y como me

asocié á tiempo con el *Trabajo*, hoy no temo la *Miseria*.

PEDRO ESCAMILLA.

CUENTOS MORALES ALEMANES

EL ZAPATERITO.

Continuacion (1):

El día del entierro de la madre de Guillermo el panadero anunció al pobre niño que iba á enviarle muy pronto á casa del zapatero de Berlin. Esta noticia le llenó de

(1) Véase la pág. 381.

sentimiento, pues hubiera deseado permanecer en su país natal. Así podría visitar la tumba de sus padres tan llorados. También allí vivía su amigo Julio, hijo del panadero, que era un muchacho de un excelente corazón, que se desvivía por poder hacerle el más pequeño servicio. Julio iba al colegio donde aprendía dibujo, y como conocía la afición de Guillermo por este arte, era todavía más estudioso por poder comunicarle después de la clase lo que él había aprendido.

El día de la marcha se había fijado, y la víspera fué Guillermo al cementerio á des-



¿Quién descansa en ese suelo florido?

pedirse de la tumba de sus padres. Aquel lugar parecía un jardinito lleno de flores. Su madre había tenido la costumbre de plantar una maceta en cada uno de los días para ella notables: ya el día en que su hijo fué bautizado, ya el de la muerte de su esposo, ya el en que Guillermo pronunció por vez primera el dulce nombre de madre y aquel en que guardó en la *hucha* la primera moneda para el fondo que destinaba á cultivar su talento para el dibujo. Aquellas plantas habían sido cuidadas en su casa con

esmero, y ella las había hecho gozar de todas las lluvias y de todos los rayos del sol que penetraban por sus ventanas; todas las primaveras desplegaban sus galas agradecidas, y el mismo día de la muerte de su bienhechora estaban en todo el apogeo de su desarrollo.

Guillermo las había llevado á la tumba de sus padres, y además todos los días iba al campo á buscar flores, con las que tejía coronas para adornar la tumba, que presentaba un bello aspecto; percibíanse allí deli-

cados aromas, y las aves y las mariposas revoloteaban en derredor.

Cuando el pobre huérfano fué por la última vez á visitar el jardinito se arrodilló, y con las manos cruzadas sobre su pecho oró con fervor al Señor. Despues se levantó, y yendo á sentarse en una tumba á alguna distancia, sacó de su bolsillo una hoja de papel y un lápiz, y comenzó á dibujar el sitio donde reposaban los que tanto le habian amado. Cuando acabó, depositó un beso sobre la hoja, y corrieron sus lágrimas una vez más. Entónces un ruido extraño le hizo estremecerse, y al volver la cabeza vió á un desconocido de pié detrás de él, que hacia tiempo le habia estado observando.

—¿Quién descansa en ese suelo florido? le preguntó con un tono amistoso.

—Mi padre y mi madre, caballero, respondió Guillermo.

—¿Tu padre y tu madre? repitió el desconocido, y una lágrima asomó á sus ojos. Pobre huérfano, ¡qué tesoro de afeccion debe encerrar para tí esta tumba! ¿Quién se va á encargar de tí en adelante? añadió.

—Mi tutor de Berlin.

—Está bien, hijo mio; Dios no te ha dejado sin guía ni apoyo en el mundo en una edad tan tierna. Es preciso hacer todo lo que puedas por satisfacer á ese tutor con tu obediencia y asiduidad para el trabajo.

—Caballero, así lo prometo.

—Tu padre y tu madre se alegrarán en el cielo, y te bendecirán.

—¡Oh! sí, se alegrarán; lo prometí á mi madre junto á su lecho de muerte.

El desconocido, vivamente impresionado, miró fijamente al niño, y vió en sus ojos tal expresion de sincera franqueza, que se debió convencer de que sus palabras nacian del fondo del corazon. Alzó su mano como para bendecirle, y le dijo:

«¡Allí donde la semilla de la felicidad arraiga, la bendicion de Dios hace crecer un árbol!»

(Se continuará.)

C. L. DE C.

Á MI QUERIDO SOBRINITO ⁽¹⁾

Aunque no te conozco
Voy á cantarte,
Pues ya sin conocerte
Sé idolatrarte.

(1) Remitido.

Mi voz escucha,
Pues mi ternura, niño,
Hacia tí es mucha.

—
¿Sabes tú cuánta gracia,
Cuánta hermosura,
Tienen los querubines
Allá en la altura?
Pues dicen que eres
Más hermoso que aquellos
Divinos séres.

—
¡Cuán bella es la alborada
Del sol naciente,
Su cabellera de oro
Pura y fulgente!
Pues aún más bellos,
Más puros y dorados
Son tus cabellos.

—
Cuando al azul del cielo
La vista alzamos,
Felicidad inmensa
En él hallamos;
Que inunda el alma
Ese celeste puro
De dulce calma.

—
Si se halla dulce dicha
Al ver la altura,
¿Qué mucho es que se inunde
De esa dulzura
Quien, por consuelo,
Ve en tus ojos el puro
Color del cielo?

—
Que tan hermoso seas
Para mí es grato,
Pues del buen papá mio
Eres retrato.
Ángel se llama,
Y es tan bueno, que tiene
De ángel la fama.

—
Parecértelo, niño,
Despues procura
En la virtud inmensa
De su alma pura.
¡Es tan hermoso
Su corazon! ¡Tan tierno!
¡Tan bondadoso!

—
Del rostro es la belleza
Flor delicada,
Que apenas se la toca
Muere agostada;
Flor que en un dia
Pierde el matiz, la esencia,
La lozanía.

Pero en cambio del alma
Es la hermosura
Una flor siempre fresca,
Fragante y pura;
Flor bendecida
Que tiene sus raíces
En la otra vida.

Aunque no te conozco
Quise cantarte,
Pues ya sin conocerte
Sé idolatrarte.
Mi amado niño,
Envuelto en este canto
Va mi cariño.

MARÍA DEL CARMEN DE PRAT.

CORONA DE LA INFANCIA

Continuación (1).

Aquel día era domingo, y por la tarde Doña Brígida salió á paseo con una de sus criadas, pues la otra se había despedido una hora antes, diciendo que estaba enferma.

La buena señora pasó algunas horas fuera de casa; pero cuál no sería su asombro cuando al volver encontró la puerta abierta, y forzada la cerradura del cajón de su cómoda, faltando de él una cantidad considerable.

Las exclamaciones, los gritos de Doña Brígida y su criada atraieron multitud de personas que, enteradas del suceso, hicieron mil comentarios, hablaron mucho, y llamaron por último á los agentes de la justicia, para que tomaran informaciones y averiguaran la verdad.

De todos los pasos dados con este objeto, nada, sin embargo, pudo resultar. Los ladrones no habían dejado rastro alguno ni señal por donde fuera posible venir en conocimiento de quiénes fueran los autores del delito.

Sólo podía asegurarse que conocían perfectamente la casa y las costumbres de su dueña, pues á nada habían tocado, sino al sitio donde estaba guardado el dinero y las alhajas.

Como era consiguiente, fueron interrogados todos los vecinos, sin que nadie diera luz alguna sobre aquel hecho.

La madre de Mauricio fué llamada también; ella frecuentaba el trato de Doña Brígida, y sintió mucho su desgracia.

Presentóse, pues, afectada y contraida á dar su declaración.

Esta se redujo á decir que ella y su hijo habían pasado la tarde entera del día en que se efectuó el robo en la iglesia de San Ginés, y por consiguiente, ni nada sabía, ni nada podía sospechar.

Nadie dudó de esta verdad.

Por desgracia la habitación de Marta tenía una escalera secreta por la cual podía bajarse á la de Doña Brígida, y aunque la puerta estaba clavada por dentro hacía mucho tiempo, esto dió sin embargo motivo para que entre los otros inquilinos se hicieran algunos comentarios nada favorables para la honrada Marta.

El portero se mezcló en estas murmuraciones, que subieron de punto, cuando se supo que la madre de Mauricio había pagado de una vez todos los alquileres que debía.

La calumnia halla eco en todos los oídos y penetra en todas partes.

Aquel rumor llegó hasta los representantes de la justicia, que los acogieron con la mayor reserva por los honrados antecedentes de Marta y de su hijo.

La causa estaba en la escribanía donde Mauricio trabajaba; pero el joven, ligero y distraído como siempre, apenas se había fijado en ella, ni había puesto atención ninguna en aquel asunto.

Un día que su principal se hallaba preocupado con la oscuridad de aquel delito, y que después de meditar en las hablillas que habían llegado hasta él, leía detenidamente todas las declaraciones, se detuvo asombrado y miró al joven con ansiedad.

Mauricio hablaba con uno de sus compañeros, y le decía con la mayor tranquilidad:

—Te aseguro que sí: toda la tarde del domingo último la pasé en Carabanchel con Eduardo y sus amigos.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque tu madre no te lo permitiría.

—Cuando te digo...

—Ella es muy severa, Eduardo es un calavera, con que por más que digas...

—Pues mira, ella misma fué la que me instó para que fuera.

—¿Ella misma!

—Te lo puedo jurar...

(1) Véase la pág. 384.

—¿De veras?

—Te lo puedo jurar por lo más sagrado.

El principal de Mauricio todo lo había oído, y le llamó en aquel instante.

Si era cierto lo que el jóven acababa de decir, la declaración de su madre era falsa, puesto que había manifestado en ella que pasó la tarde con su hijo en el templo.

—Jóven, dijo el escribano mirando á Mauricio fijamente: ¿puede V. asegurar con un juramento lo que acaba de decir á su compañero?

—Sí, señor, respondió éste, que como

hemos dicho, prestaba poco valor á poner á Dios por testigo de sus palabras.

—¿No tiene V. ningun inconveniente en ello? volvió á preguntar el representante de la fé pública con marcada intencion.

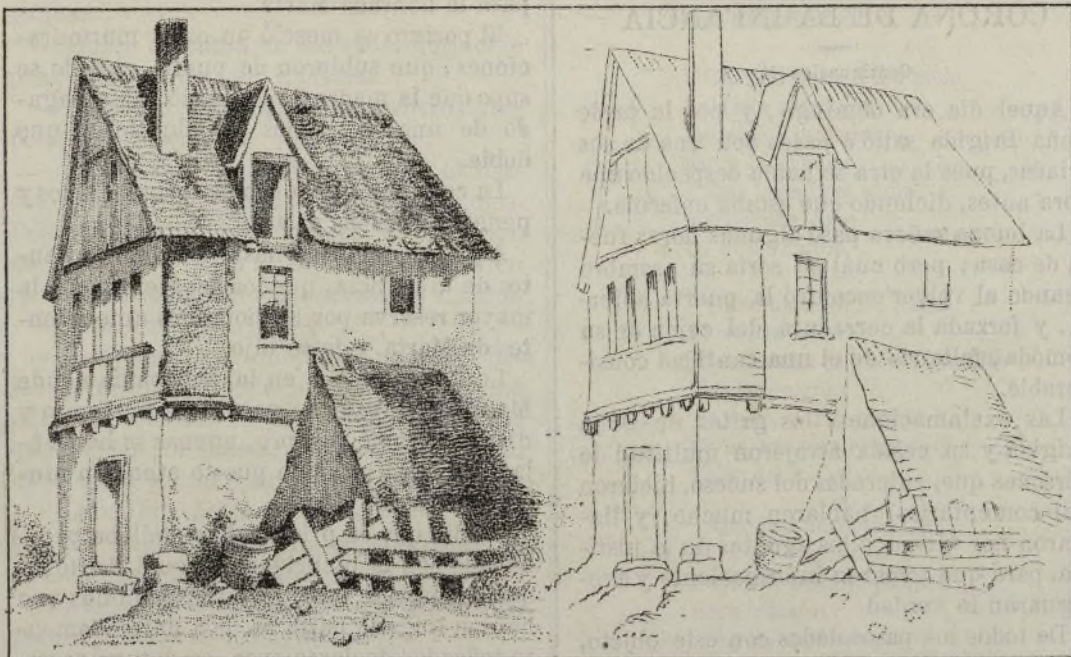
—Ninguno: respondió de nuevo Mauricio sin meditar sus palabras, y sin pensar á dónde podría conducirle.

—Entónces es preciso que lo haga.

—Pero...

—Sólo exijo que repita V. lo que acaba de decir.

—Y bien, sí, lo haré, exclamó Mauricio



Elementos de dibujo.

dispuesto á prestar aquel juramento, que era falso, y que iba á traer á su madre largas horas de vergüenza y dolor.

Y sin pensar en el mal que hacía, repitió las palabras que le dijo su principal, y juró y autorizó con su firma lo que acababa de decir.

En un principio extrañó sólo aquella exigencia del escribano, y si cedió á ella fué por juzgarla una broma, y por no desdecirse de lo que acababa de asegurar.

Pero despues, cuando notó que el semblante de aquel hombre expresaba sólo una

triste severidad, el jóven se alarmó, aunque sin darse cuenta de lo que aquello podría ser.

—¿Por qué habrá consignado mis palabras en la forma de una declaración? se preguntaba á cada momento; ¿por qué me habrá hecho prestar un juramento de que eran verdad? ¿Será una burla? ¿Será una broma solo? Sí, eso debe ser: ¿qué otro objeto podía tener?

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Madrid: Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.